

nos juzgará digno del suyo? Este Dios tan poderoso, tan perfecto, tan amable, no solo no se desdenea de nuestro corazón; sino que se complace en él; gusta, por decirlo así, y quiere hacer de este corazón sus delicias: *deliciae meae esse cum filiis hominum*. Un nacimiento oscuro, un entendimiento mediano, una desgracia te hacen el desecho del mundo. Pero sabes que si amas á Dios, este Dios te mira con ojos de complacencia. Los grandes no hacen caso de ti; pero Dios te ama. Tus concurrentes, tus envidiosos te aborrecen; pero Dios te quiere; ¿y no amarás á tu Dios? ¿Qué sentimientos de reconocimiento y de amor no se escitarían en nuestro corazón, si supiésemos que el mayor rey del universo nos honraba con su amistad y benevolencia? Vos me amais, Dios mío; todas las cosas me lo dicen; todas me lo prueban; todas me lo demuestran; ¡y yo no os amaré á vos!

Esto es hecho, Dios mío: yo os amaré, Dios de mi corazón; y pongo por testigos al cielo y á la tierra de que no quiero vivir sino para amaros. Haced, Señor, que esta resolución sea eficaz.

JACULATORIAS. — Yo os amaré, Señor, á vos, que sois toda mi fortaleza. (*Psalm. 17.*)

¿Qué cosa hay en el cielo y en la tierra, Dios de mi corazón, que yo quiera y yo pueda amar fuera de vos? (*Psalm. 72.*)

PROPOSITOS.

1 Acuérdate que toda nuestra felicidad en este mundo y en el otro no consiste, propiamente hablando, en otra cosa sino en amar á Dios; y que todos los ejercicios de piedad no sirven sino para hacernos amar á Dios cada día mas; y que no tenemos mérito, ni valemos nada si no amamos á Dios. He aquí el blanco á que deben dirigirse todas nuestras devociones y ejercicios espirituales. Escítate á este amor de Dios tierno y afectuoso; acostúmbrate á decir frecuentemente por el día y por la noche: yo os amo, Dios mío. Procura hacer todas tus buenas obras por amor de Dios. Si visitas los pobres enfermos ó encarcelados, si perdonas las ofensas, si das limosna, haz todas estas cosas como otras tantas pruebas que das á Dios del amor que le tienes.

2 Piensa á menudo en tus meditaciones cuán digno es Dios de ser amado; cuán infelices son los que no le aman, y cuán felices los que le aman. Convéncete bien, que toda nuestra fortu-

na consiste en amar á Dios; y que sin este amor somos nada, aunque fuésemos los primeros hombres del mundo: *sine charitate nihil sum*. Enseña frecuentemente á tus súbditos y á tus hijos esta importante lección: pídele á Dios su amor en todas tus oraciones; y en cada comunión dile á Jesucristo con S. Pedro: Señor, vos sabeis que os amo: ó con S. Agustín: *Me atrevo á decir, Señor, que estoy cierto que os amo*. Finalmente, haz todos los días esta bella petición de S. Ignacio: Dame, Señor, solo tu amor con tu gracia, y estoy bastante rico y bastante contento.

DIA XVII.

MARTIROLOGIO.

LOS SANTOS MÁRTIRES FLORIANO Y CALANICO, Y CINCUENTA Y OCHO COMPAÑEROS, en Eleuterópolis en Palestina; los cuales en el imperio de Heraclio fueron muertos á manos de los sarracenos por confesar la fe de Jesucristo.

SAN LAZARO, obispo, en Marsella en Francia, al cual resucitó el Señor, como se lee en el Evangelio. (*Véase su historia en las de hoy.*)

SAN JUAN DE MATA, fundador del orden de la santísima Trinidad, Redencion de cautivos, en Roma; cuya fiesta, por decreto de Inocencio XI, se celebra el día 8 de febrero. (*Véase su historia en las de aquel día.*)

SAN STURMIO, abad, y apóstol de la Sajonia, en el monasterio de Fulda, al cual canonizó el papa Inocencio II en el concilio segundo de Letran. (Murió en 779.)

SANTA VIVINA, virgen, en el monasterio de Bigarda junto á Bruselas, cuya esclarecida santidad manifiestan sus frecuentes milagros.

SANTA OLIMPIADA (ó mas bien OLIMPIAS), viuda; en Constantinopla, (gloria de las viudas de la Iglesia oriental: fué una señora de ilustre progenie y de opulenta fortuna. Nació en el año 368 y quedó huérfana bajo la tutela de Procopio que pareció era su tío; pero su mayor dicha fué haber sido educada por Teodosia; hermana de S. Amfiloquio, virtuosísima mujer á la cual S. Gregorio Nacienceno llamaba modelo perfecto de piedad. Era Olimpias todavía muy jóven cuando casó con Nebridio, tesorero del emperador Teodosio el grande, y algun tiempo prefecto de Constantinopla; pero murió á los veinte dias de casado. La Santa quiso conservarse viuda no obstante el empeño de Teodosio para que aceptase por esposo á Elpidio, caballero español, y se dedicó enteramente á las obras de piedad y mortificación del cuerpo. Su virtud era la admiracion de toda la Iglesia, como se infiere del modo con que de ella hablan todos los prelados y hombres grandes de aquella era. S. Amfiloquio, S. Epifanio, S. Pedro de Sebaste, y otros mantuvieron con ella una fina correspondencia. Nectario arzobispo de Constan-

tinopla, la creó diaconisa; y S. Crisóstomo, elevado á aquella silla en 398, no tuvo menos respeto á la santidad de Olimpias que su predecesor. Murió por los años de 408 rodeada de tribulaciones, mereciendo la recompensa de los confesores. *But.*)

SANTA BEGGA, viuda, hermana de Sta. Gertrudis, en Anden en la abadía de Siete Iglesias. (Fué hija de Pipino de Landen, hermana mayor de Sta. Gertrudis de Nivelles, y casada con Ansegiso, hijo de san Arnolfo, que fué algun tiempo mayor de palacio, y despues obispo de Metz. Muerto su marido en una cacería, y despues de haber hecho una peregrinacion á Roma, erigió siete capillas en Anden sobre el Meusa, á imitacion de las siete iglesias principales de Roma. Tambien fundó un gran monasterio á semejanza del que su hermana gobernaba en Nivelles, del cual la enviaron una pequeña colonia. Partió para el Señor en el año de 698. *But.*)

LA TRASLACION DE SAN IGNACIO, obispo y mártir, en el mismo día, el tercero que gobernó la Iglesia de Antioquia despues del apóstol san Pedro: desde Roma, en donde padeció este Santo imperando Trajano, fué trasladado su cuerpo á Antioquia y colocado en el cementerio de la iglesia fuera de la puerta llamada de Daphne, en la cual fiesta predicó al pueblo S. Juan Crisóstomo: despues volvieron á trasladar sus reliquias á Roma, y las depositaron con suma veneracion en la iglesia de S. Clemente junto con el cuerpo de este mismo santo papa y mártir.

SAN LÁZARO, OBISPO Y MÁRTIR.

SAN Lázaro, aquel hombre de milagro, á quien Jesucristo llama su amigo, *Lazarus amicus noster*, y á quien este divino Salvador amaba con una ternura que era conocida de todo el mundo, *Ecce quem amas*, era originario de Betania, que era una aldea distante tres cuartos de Jerusalem, residencia ordinaria de su familia, muy distinguida entre los judíos del país, ya fuese por los grandes bienes que poseía, ya por su nobleza y antigüedad. San Antonino dice que su padre se llamaba Siro y su madre Eucaria, los cuales tuvieron tres hijos: Lázaro, que era el primogénito, y dos hijas Marta y María. Habiendo muerto el padre y la madre, los hijos dividieron los bienes entre sí. Se dijo en la vida de Sta. Magdalena que Lázaro y Marta heredaron los que tenían en Betania y al rededor de Jerusalem, y que las tierras y el castillo de Magdalo ó Magdelon, que estaban en la Galilea, fueron la herencia de María.

No se sabe á punto fijo el tiempo en que esta afortunada familia tuvo la dicha de conocer á Jesucristo por el Mesias tan ardentemente deseado, y por tanto tiempo esperado; ni tampoco cuando empezaron á seguirle. Es muy probable que fué una de las primeras de Judea que descubrió este tesoro escondido; y que



S. LAZARO, O. Y M.

Lázaro tenía una vida tan regular según la ley, de quien, á causa de la pureza de sus costumbres se podía decir lo que el Salvador dijo de Natanael, que era un verdadero israelita, en quien no habia dolo ni doblez; es probable, digo, que Lázaro, que era un hombre de bien y temeroso de Dios, y esperaba la consolacion de Israel, apenas hubo oido hablar del Salvador, ó apenas le hubo visto, cuando se hizo su discípulo. Marta, que era una doncella muy ejemplar, siguió bien pronto el ejemplo y los consejos de su hermano; y si María no tuvo tan pronto parte en la misma dicha, reparó bien esta pérdida por su estremado amor y por la rigurosa penitencia, de que fué un pasmoso ejemplo en adelante.

Las instrucciones del Salvador hicieron maravillosas impresiones en el corazon y en el espíritu de Lázaro. Encontrando esta divina palabra una tierra tan bien preparada; es decir, una alma casta y un corazon noble y generoso, produjo abundantísimos frutos. Derramando el Hijo de Dios con abundancia sus gracias sobre el hermano y la hermana, los hizo bien pronto dignos de su benevolencia y cariño. No pasaba vez por Betania Jesucristo, que no viniese á hospedarse en casa de este discípulo privilegiado. Las conversaciones familiares que tenia con el Salvador encendieron en su corazon un amor para con él de los mas ardientes y mas tiernos. La castidad que hacia á S. Juan el discípulo amado, hacia á S. Lázaro el amigo de corazon, sin que esta predileccion del Salvador causase los menores zelos entre los discípulos, ganando y previniendo á todo el mundo en su favor la mansedumbre, la humildad y la modestia de nuestro Santo. Su casa servia de retiro al Salvador cuando predicaba en las inmediaciones, en la cual tomaba su refeccion, y dormia por la noche. El hermano y la hermana eran demasiado estimados del Salvador para no alcanzar la conversion de María, su hermana menor. Como ésta moraba en su castillo de Magdelon en Galilea, no se habia aprovechado de las visitas de Jesucristo; por otra parte su vida licenciosa era un grande obstáculo para que la gracia obrase en su corazon; pero las oraciones de Lázaro y Marta consiguieron la conversion de una pecadora, en cuya salvacion eran tan interesados. El Hijo de Dios oyó favorablemente sus afectuosas plegarias; y predicando en Betsaida y en Cafarnaüm, pueblos vecinos al castillo de Magdelon, fué María á oírle, y se convirtió. Se sabe la generosidad y el ruido con que ella misma publicó su conversion; la que sin duda fué una de las mas insignes conquistas de la gracia. La amistad que tenia el Salvador con su hermano fué causa de la dicha de la hermana, la

que desde aquel punto dejó su tierra de Magdalon para vivir en casa de sus padres, donde tenia la dicha de ver mas á menudo al Salvador, y aprovecharse de sus santas instrucciones.

Hacia los principios del año treinta de Jesucristo cayó Lázaro peligrosamente enfermo en Betania. Sus dos hermanas sobresaltadas á vista del peligro, enviaron un espreso á hacer saber al Salvador la enfermedad de su hermano; el que no le dijo sino estas pocas palabras de parte de entrambas: *Señor, mirad que el que amais está enfermo.* Jesucristo se contentó con responderlas por el mismo mensajero, que la enfermedad de su hermano no debía darlas cuidado, que no moriría de ella absolutamente, que Dios queria ser glorificado en ella, y que con motivo de esta enfermedad glorificaria el Señor maravillosamente á su Hijo. Esta respuesta serenó por algun tiempo á las dos hermanas; pero se sorprendieron mucho al ver que la enfermedad se aumentaba, y que no venia el soberano Médico. En efecto, el Salvador permaneció todavía dos dias en el lugar donde estaba, y no partió hasta que conoció que su amigo habia muerto. Entonces dijo á sus discípulos: *Volvamos á Judea.* Ellos le respondieron al punto: *Señor, ¿cómo te atreves á volver tan pronto á un país donde ha tan poco tiempo que te querian apedrear?* —Nuestro amigo Lázaro duerme, replicó el Salvador, y quiero ir á despertarle. No comprendiendo los discípulos su pensamiento, le dijeron: *Si duerme es buena señal, él escapará de esta enfermedad; imaginándose que hablaba del sueño ordinario, tan saludable á los enfermos; pero Jesucristo hablaba de la muerte de Lázaro.* Entonces les dijo abiertamente: *Lázaro ha muerto, y me alegro de no haberme encontrado en su casa antes que muriera, por tener ocasion de afirmaros en la fe con el mas estupendo milagro, de que vais á ser testigos: vamos á ver en el estado en que está.* Partió, pues, Jesus para Betania, y afectó que no iba sino á cortas jornadas. Luego que estuvo cerca le vinieron á decir que Lázaro habia ya muerto, y que ya habia cuatro dias que estaba enterrado. Como Betania no estaba lejos de Jerusalem, habian venido muchas personas de los alrededores á consolar á Marta y á María, y á llorar con ellas la muerte de su hermano. Pero ellas esperaban de otra parte su consuelo; solo Jesus podia enjugar sus lágrimas. En efecto, luego que supo Marta que venia, dejó prontamente á su hermana y á toda la visita para ir á presentarsele; y al punto que le vió, le dijo llorando: *Señor, si hubieras estado aquí, no hubiera muerto mi hermano; pero con todo no desespero de verle resucitado.* —Tu hermano resucitará, le dijo Jesus. —*Sé,* replicó Marta, que

resucitará en el último dia, cuando se obrará la resurreccion general. —*¿No sabes, la dijo el Salvador, que yo soy la resurreccion y la vida? ¿dónde está tu fe? Ella sin replicar se fué corriendo á casa á avisar á su hermana la llegada de su divino Maestro, diciéndola al oido que habia llegado Jesus. María se levantó al punto, y le fué á encontrar. Viéndola partir con tanta precipitacion los que habian ido á visitarla, la siguieron, creyendo que iba á llorar sobre la sepultura de su hermano. María encontró al Señor fuera del lugar, y arrojándose á sus pies, le dijo: Ah, Señor, ¿dónde habeis estado? ¿qué falta nos habeis hecho! Si hubierais estado aquí, no hubiera muerto mi hermano. Dichas estas palabras, empezó á llorar, y los judíos que la acompañaban tampoco pudieron contener sus lágrimas.*

Este triste espectáculo enterneció al Salvador de modo, que la emocion de su corazon se manifestó en el rostro. *¿Donde le habeis enterrado?* les dijo, queriendo con esta pregunta escitar mas su fe y su confianza. *Venid, Señor,* respondieron las dos hermanas, *venid á ver donde está enterrado.* A estas palabras no pudo el Salvador contener sus lágrimas. Lo cual hizo decir á los judíos: *Mirad cómo le amaba; y aun hubo algunos que dijeron: Este que abrió los ojos á un ciego de nacimiento, y que hizo tantos milagros, ¿no podía haber hecho que Lázaro no muriese? Fué, pues, Jesus al sepulcro, que era una caverna en una roca, cubierta con una gran piedra. Su ternura no pudo menos de prorumpir en algunos suspiros; luego mandó que se quitara la piedra que cubria la sepultura. A este tiempo le dijo Marta que habia ya cuatro dias que estaba enterrado, y que no podia dejar de oler mal; á lo que respondió el Señor: No temas; ¿no te he dicho ya que si tienes fe verás la gloria de Dios? Se quitó, pues, la piedra; y entonces Jesucristo levantando los ojos al cielo, dijo: Padre, gracias os doy porque me habeis oido; pues aunque sé muy bien que siempre me ois, mas he dicho esto por los que están aquí presentes; para que crean que vos me habeis enviado, y para que su fe se avive y aumente. Despues de estas palabras dijo en voz muy alta: Lázaro, sal del sepulcro. Esta palabra volvió la vida y el movimiento al difunto, el cual se levantó, salió y empezó á andar; pero como todavía tenia atados los pies y las manos con las vendas, y el rostro cubierto con el sudario con que habia sido enterrado, mandó Jesus que le desatáran y le quitáran el sudario. Un milagro tan portentoso llenó de admiracion á todos los que se hallaban presentes; los cuales levantaron las manos al cielo, exclamando cada uno: Este es el verdadero Hijo de Dios; este es el Mesias prometido á los hom-*

bres. La fama de este prodigio llegó bien pronto á Jerusalem, y se estendió por toda la Judea con tanta mayor publicidad, quanto Lázaro era hombre de representacion, y muy conocido en toda la provincia. Su muerte habia hecho mucho ruido; pero su resurreccion dió todavía mas golpe. De todos los alrededores venian las gentes en tropas á ver esta prueba sensible de la venida del Mesias: No se hablaba en todas partes de este nuevo Profeta sino con admiracion, y todo el mundo empezó á creer en él; lo cual escitó todavía mas contra él el odio de los escribas y fariseos.

Despues de este gran milagro, queriendo el Salvador evadirse de la multitud de gentes que acudian á él todos los dias, se retiró con sus discípulos á Efrén, ciudad inmediata al desierto de Judea. Pero seis dias antes de la última pascua que celebró con sus discípulos, queriendo acercarse á Jerusalem, volvió á Betania, donde fué convidado á comer por uno de los mas ricos vecinos, llamado Simon: Lázaro fué uno de los convidados, y uno de los principales del convite; y como se hubiese esparcido por todo el país la llegada del Salvador á Betania, fueron allí muchos judíos, no solo por tener la satisfaccion de oír á Jesucristo, sino tambien por ver á Lázaro con sus propios ojos. Este hombre vuelto del otro mundo era un predicador, que sin hablar palabra, daba á conocer á todo el pueblo el poder y la santidad del que le habia dado segunda vez la vida. Solo su presencia daba tanto golpe en el corazon de muchas personas, que convencidas de la verdad, renunciaban y se desengañaban de los errores de los saduceos, y daban de mano á las supersticiones judaicas. Nuestro Santo, que era uno de los mas fieles y mas celosos discípulos de Jesucristo, no contribuia poco á estas conversiones con sus exhortaciones y su presencia.

Los principes de los sacerdotes concibieron tanta rabia contra Lázaro, que mirándole desde entonces como su enemigo, porque era el mayor amigo del Salvador, resolvieron deshacerse de él. Sin duda hubieran ejecutado su pernicioso designio, si no hubiesen temido dar al Salvador ocasion de hacer un nuevo milagro que los confundiera y abochornara mas. Creyeron que era menester comenzar por hacer morir al que habia resucitado á Lázaro; y esto es lo que ejecutaron pocos dias despues.

El Evangelio no nos dice nada mas de nuestro Santo. Es cierto que entre todos los discípulos de Jesucristo fué S. Lázaro uno de los que tuvieron mas parte, así en las humillaciones como en su gloria. La ternura con que el Salvador le amaba, y el amor que nuestro Santo tenia al Salvador, el insigne beneficio que ha-

bia recibido de él, y su fidelidad constante en seguirle, le hicieron muy sensible á los dolores é ignominias de su muerte, como tambien á la gloria de su triunfo. Amándole S. Lázaro tan estremadamente, no se duda que seria uno de los testigos ordinarios de sus apariciones despues de su resurreccion, y que recibiria el Espiritu Santo con los apóstoles y demás discípulos el dia de Pentecostés. Habiendo el furor de los judíos contra los discípulos de Jesucristo hecho morir á S. Esteban el primer mártir, se escitó una furiosa persecucion contra todos los fieles, en la que fueron echados de Jerusalem, y la mayor parte precisados á salir de Judea; pero la rabia de los principes de los sacerdotes, y de todos los que ocupaban los primeros puestos entre los judíos, descargó con mas particularidad contra Lázaro y su familia. Ninguna cosa los confundia mas, ni probaba mas invenciblemente que habian quitado la vida al Mesias, al verdadero Hijo de Dios, que este hombre resucitado, mientras estuviese en vida. El hacerle morir era un delito que manifestaba su injusticia y su impiedad. Era Lázaro un hombre de calidad, irreprochable en sus costumbres, que no podia tener otro delito que el ser amigo de Jesucristo, y haber sido resucitado por medio del mas insigne milagro. Dejarle en la Judea era dejar una prueba viva de la divinidad del Salvador, y de su horrendo deicidio; y así tomaron el partido de hacer desaparecer á Lázaro y á sus hermanas, que durante la sublevacion del pueblo de Jerusalem contra los fieles se habian retirado á Joppe, hoy Jafa, ciudad marítima, distante seis ó siete leguas de Jerusalem; y habiéndolos metido en una nave muy maltratada, sin timon, sin mástiles, sin pertrechos, con todos los fieles que se encontraron con ellos, los espusieron de esta suerte á un evidente naufragio. Esto nos dicen muchos antiguos manuscritos, fundados en una antigua y piadosa tradicion, como se dijo en la historia de la vida de santa Magdalena y de Sta. Marta.

La divina Providencia, que saca siempre su gloria de los designios mas siniestros y mas malignos de los enemigos de Jesucristo, permitió que esta nave aportase dichosamente á las costas de Marsella. Esta maravilla aturdió á aquellos pueblos gentiles, naturalmente corteses y tratables, y dispuso los espíritus para oír á unas gentes á quienes protegía el cielo de una manera tan visible. No se duda que los apóstoles consagraron obispos á la mayor parte de los discípulos de Jesucristo, antes de esparcirse por el universo; y sobre todo á Lázaro, como que era el mas ilustre y mas privilegiado de todos los discípulos. Luego que esta santa colonia de héroes cristianos desembarcó, anunciaron

la fe de Jesucristo en aquella célebre ciudad, que despues de Roma era de las mas considerables del mundo seiscientos años habia. S. Lázaro, que sabia bien que Dios le habia destinado para ser apóstol de ella, y su primer pastor, dió desde luego muestras de su zelo. Marsella era á la sazón muy célebre, no solo por su antigüedad, sino tambien por sus victorias, por su alianza con los romanós y por su academia. Las ciencias y las artes florecian en ella, y habia un gran número de personas hábiles, á quienes se confiaba la educacion de la juventud de todas las Galias y aun de Roma; lo que adquirió á Marsella el nombre de ciudad de las ciencias, y á los antiguos marsellanos la gloria de haber civilizado á casi toda la Galia, y haber aumentado y dado lustre á la religion. A esta ilustre ciudad fué á quien dió el Señor por primer obispo á S. Lázaro, su grandé amigo. El buen acogimiento que hacian á los estranjeros en ella, dió á nuestro Santo toda la libertad de anunciar á sus habitantes las divinas verdades del Evangelio; oyéronle con gusto al principio, y muy pronto con admiracion: un aire noble y agraciado, unos modales suaves, afables y corteses; una religion tan pura, tan santa, tan racional; una moral, que reglando el corazon y el entendimiento rectificaba la razon; una doctrina, sostenida y confirmada con toda especie de milagros: todo esto hizo triunfar muy breve la fe de Jesucristo, y convertirse á ella un prodigioso número de personas. S. Lázaro veia aumentarse todos los dias su rebaño: su marávillosó zelo consiguió que en menos de un año se levantase la religion cristiana; y se fundase en todas partes sobre las ruinas del paganismo. Se vió cuánto contribuyeron á esta milagrosa obra Sta. Magdalena y Sta. Marta con sus palabras y sus ejemplos. El célebre templo de Diana, convertido con el tiempo en una iglesia con el título de nuestra Señora la Mayor, que es la catedral, es un augusto monumento de este insigne triunfo del cristianismo sobre los paganos, y del prodigioso zelo de san Lázaro. En el siglo iv se creia ya que tenia treinta años cuando fué resucitado, y las actas de la iglesia de Marsella le dan treinta años de obispado, durante los cuales el santo obispo hizo un prodigioso número de conversiones, derribó muchos templos dedicados á los falsos dioses, é hizo pedazos una pasmosa multitud de ídolos.

Se cree que fué en el imperio de Vespasiano cuando el próconsul, que habia sido enviado á Marsella por gobernador, infatuado de las supersticiones paganas, solicitado por los sacerdotes de los ídolos, rabiosos por ver su reputacion y sus rentas reducidas á nada despues que S. Lázaro convirtió á la fe de Jesu-

cristo una parte de la ciudad, mandó prender al santo obispo, y habiéndole hecho comparecer ante su tribunal, le echó en cara con un tono áspero todo lo que habia hecho contra la religion y el culto de los dioses del imperio. Despues, con un aire colérico y dominante, le dijo: Es preciso, ó que sacrifiques á nuestros dioses, ó que pierdas la vida entre los mayores suplicios.—Por lo que mira al sacrificio, respondió el Santo, no puedo ofrecerle sino al verdadero Dios; y tú, señor, tienes demasiadas luces para no ver que lo que llamas tus dioses no merecen sacrificios; por lo que mira al último suplicio con que me amenazas, sé que no me puede suceder cosa mas dulce ni mas gloriosa que el dar la vida por aquel que me la volvió á dar á mi despues de haberla perdido, y que se dignó morir por mí para que yo viva eternamente. El prefecto, irritado con esta generosa respuesta, le hizo despedazar con látigos armados de puntas de hierro, con tanta crueldad, que su cuerpo quedó hecho una sola llaga. Acabado este cruel suplicio, le encerraron en un horrible calabozo: se creyó que este tormento le hubiera hecho negar la fe; pero habiéndole preguntado de nuevo el prefecto si permanecia todavía en su creencia, y habiéndole encontrado siempre mas inflexible, le hizo atar á un poste, y atravesarle de una multitud de flechas; pero Dios le conservó la vida en medio de este suplicio. Cada llaga, dicen las actas de su martirio, era una boca que publicaba la gloria y el poder de su Dios. Le aplicaron despues sobre el cuerpo láminas de hierro hechas ascuas: el tormento era espantoso, pero la constancia del Santo no se disminuyó ni aflojó un punto. Finalmente, corrido el juez de verse vencido de la paciencia heroica del Santo, mandó que le cortáran la cabeza, lo que se ejecutó el 17 de diciembre del año 72 de nuestro Señor Jesucristo, á los setenta y tres de su edad y treinta de su obispado. Su cuerpo fué enterrado por los cristianos en una cueva con los ornamentos pontificales de que se servia en la celebracion de los divinos misterios. Se ve todavía el horrible calabozo donde fué encerrado en el célebre monasterio de religiosas de S. Benito, llamado S. Salvador, delante del cual está la plaza donde le cortaron la cabeza.

Se guarda con mucha veneracion en la iglesia catedral de Marsella la cabeza de S. Lázaro en un relicario de plata sobredorada, que pasa por el mas rico y de mas bello gusto que hay en Francia. Se asegura que el año 957 el resto de sus reliquias se llevó á Autun por el obispo Vivaldo, en el reinado de Lotario, rey de Francia. Lo cierto es que se conserva en Marsella, en la misma caja donde está esta preciosa cabeza, un escrito muy

antiguo, hecho por un sacerdote que parece haber sido sacristan de esta iglesia, y firmado por dos testigos, en que afirman, que habiendo sabido querian llevarse el cuerpo de S. Lázaro, el sacerdote habia quitado secretamente la cabeza, y habia sustituido otra en su lugar. Este escrito, que se leyó durante la visita de la catedral que hizo monseñor Guillelmo de Veintimilla de Luco, entonces obispo de Marsella, y después arzobispo de París, tiene todas las señales de autenticidad que se pueden desear en uno de los mas antiguos testimonios. Habiendo sido el obispado de Marsella bajo S. Lázaro, su primer obispo, la silla mas antigua, debiera ser, al parecer, uno de los primeros de las Galias, si la Iglesia no hubiera seguido, por decirlo así, en la economía y distribucion de las sillas episcopales el orden y distribucion de la magistratura romana. S. Lázaro ha tenido ilustres sucesores, entre los cuales se cuentan veinte y uno reconocidos por santos. Las crueles persecuciones contra los fieles, que dieron á la Iglesia tantos millones de mártires desde el año 180 hasta el 306, han hecho perder el nombre de un gran número de ilustres prelados que gobernaron esta iglesia durante aquel largo intervalo. Sin embargo, se cuentan ciento y seis grandes obispos, que nos son conocidos desde S. Lázaro hasta monseñor Enrique Francisco Javier de Belsunce de Castel Moron, que ocupó esta silla con tanta dignidad, y fué uno de los mas brillantes ornamentos del obispado, no tanto por la nobleza y fama de su nombre, cuanto por su zelo ardiente por la religion, por la efusion generosa de su inagotable caridad, por su eminente ciencia, y por la tierna piedad con que edificó á toda la Iglesia.

SAN FRANCO DE SENA, CONFESOR, DEL ÓRDEN DE NUESTRA SEÑORA DEL CÁRMEN.

EL glorioso S. Franco de Sena fué natural de Groti, aldea de la Toscana, seis millas distante de la ciudad de Sena. Nació en el año de 1211 á 3 de diciembre. Pocas horas antes que saliese Franco á gozar de la luz, soñó su madre que paria un monstruo horrible, el cual poco á poco se convirtió en hombre, como la pena de su madre en consuelo, dándole el Señor á entender la mudanza de costumbres que habia de haber en su hijo, pasando con el tiempo de ser bruto á racional, y de las inclinaciones torpes y obscenas, que en sus primeros años habia de seguir, á la alteza de virtudes y santidad con que habia de pulirle la gracia. Pusieronle en el bautismo Franco, pronóstico feliz de sus mejoras; pues fué tan franco y liberal en el servicio

de Dios, como lo habia sido en los vicios. Criaronle sus padres con amor y virtud; y llegando á los años de la discrecion, le pusieron al estudio, para lo cual le enviaron á Sena á casa de un deudo suyo, donde, aunque gastó algunos años, no pasó de leer y escribir; porque ya su mal natural, ya los malos lados no le daban lugar de aprovecharse: lo cual visto por sus padres, se lo volvieron á casa, para ponerle freno: y viéndole ya mancebo, le inclinaron á oficio de eurtidor, que pide mas fuerzas que ingenio: pero no lo continuó; porque el trabajo honesto no era para su genio. Murió su padre: y como era quien lo tenia á raya, presto pasó la de la razon; y sin respetar ni obedecer á su madre, se entregó á toda suerte de vicios y maldades, y acabó de perder finalmente el temor á Dios.

Su trato y conversacion era con hombres de mala vida, ladrones, blasfemos, jugadores, rufianes, y mujercillas perdidas, de aquellas que se venden por esclavas del pecado. Con tales lados frecuentaba los garitos, tabernas y lupanares, gastando los dias y las noches en convites y pendencias: y como su caudal era ninguno, gastaba á cuenta de lo que á otros robaba. Nadie tenia segura su hacienda, ni su mujer; porque como fierá á todos ofendia: no admitia consejos; y como frenético tenia por enemigo al médico que procuraba su cura: huía de los virtuosos: no queria oír misa, ni recibir los sacramentos, ni entrar en la iglesia, sino es á ver, ó solicitar algunas mujeres, haciendo la casa de Dios terreno de su apetito. Afligida la pobre madre de dolor, perdió la vida, cuya muerte fué nuevo título para las disoluciones de Franco. Disipó brevemente la mayor parte de la herencia, y con ella creció en sus disoluciones; porque el dinero en manos de un desperdiciador es lo mismo que en las manos de un loco la espada. Pero el Señor, que si le habia figurado monstruo en su primera edad, juntamente en la mayor le delinco para santo, dispuso su reduccion, dejándole caminar por su mismo precipicio; á la manera, dice S. Ambrosio, que una madre deja que se ahite el hijo de leche, para quitarle el pecho.

Abrasábanse en guerra viva las ciudades de Sena, y Orbiecto: y Franco, sentando plaza de soldado, dióse al juego, y con mas disolucion á los votos y blasfemias, con universal escándalo: quitaba las mujeres á sus maridos: robábales sus haciendas; y junto con otros bandoleros, ni á las vidas de sus dueños perdonaba. No satisfecho de la fuerza, usó tambien del arte, para hurtar mas á su salvó, vistiendo diversos trajes de estudiante, soldado, labrador, peregrino, borgoñon, francés, italiano, y español, usando barbas postizas, unas negras, y otras blancas, con que